

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos, con reciproca amistad, se correspondiesen: bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres; y así, lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero, acabadas las bodas, y sosegada ya la

frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole, que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamás lo hubiera hecho; y que, si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivaza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y, aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener que amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque, lo que no se hace ni conierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se conierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte, ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas; que el hacellas, ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, por que no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil

hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que, puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto, los mas de los dias del concierto, los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

“¿Pensabas, amigo Lotario, que, á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido y sobre al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé de qué dias á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que, en efecto, él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él, y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría, por tu solicitud, al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.” Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo; y, aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y, por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedio para cumplillos. “Así es la verdad, respondió Anselmo; y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ¡oh amigo! que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿qué hay que agradecer (decia él) que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea